

**Teología y vida**

1. La Teología es la comprensión y el estudio científico de la realidad revelada en la automanifestación divina. Dios se manifiesta para desarrollar su señorío—Reino de Dios—, para realizar nuestra salvación y no sólo para satisfacer nuestras ansias de conocimiento. La Teología, en tanto ciencia de los misterios de Dios revelados gratuitamente, es una ciencia del Reino de Dios y de los misterios de nuestra salvación. Tanto está al servicio de Dios, para conocerlo (*ciencia teórica*), como al servicio del conocimiento y de la realización de su señorío, que es la obtención de nuestra salvación (*ciencia práctica*). Ambos oficios se pueden separar, son oficios de la Ciencia teológica una y homogénea, van entretreídos y se condicionan mutuamente. Más aún, son dos aspectos de una misma realidad. La Teología, por consiguiente, es ciencia teórica y práctica. En ella se pueden distinguir esas dos funciones; pero nunca deberán separarse o fomentar la una, postergando la otra.

Hay, no obstante, diferencias de rango entre las dos funciones. El conocimiento de Dios, absoluta Verdad personificada, sería de por sí valioso aun cuando no implicara el perfeccionamiento y consumación de la vida humana. Añádase a esto que la constatación y comprensión de la realidad revelada es el fundamento de la Teología práctica. Por ello corresponde la primacía a la función teórica de la Teología, siendo falso conceder más importancia a la elaboración teológica de los valores vitales que a la constatación y conocimiento de la verdad. Esto llevaría al agnosticismo teológico e implicaría la ruina de la Teología. Tal Teología se mostraría injusta con Dios—Luz sobremanera resplandeciente y de clara diafanidad—y violentaría a la vez el espíritu humano, cuyo primer derecho es la verdad y cuya primera necesidad es la obtención de esa verdad. Una Teología que no mostrara que Dios es el Valor supremo de nuestro espíritu y para nuestro espíritu, sería también inadecuada e imperfecta. No basta, para llevar esto a cabo, añadir aplicaciones prácticas y ajustar valores vitales; este procedimiento ocultaría que la Revelación es por sí misma una fuerza capaz de establecer el Reino de Dios y realizar la salvación humana.

El que trate de dividirla en dos mitades, pierde la visión de doble funcionalidad que tiene la Teología: Ciencia *teórico-abstrac-*

ta y Teología de la predicación (*Theologie der Verkündigung*), directamente relacionada con la vida. División en opuesta antagonía con la esencia misma de la Teología. Una de sus fatales consecuencias sería la formación de una Teología teórico-abstracta, alejada de la vida de la fe y sin relación con ella; o la aparición de una Teología de la vida, apartada de la verdad revelada que es su fundamento, abocada al subjetivismo. León XIII condenó la exagerada actividad religiosa en 1899, poniendo de relieve que el aflojamiento de los lazos íntimos entre el conocimiento teológico-científico y las prácticas religiosas conduce necesariamente al error (véase J. de Guiber, S. I., *Documenta ecclesiastica christiana perfectionis studium sapientia*, 1931; véase también el Decreto del Santo Oficio contra la introducción de nuevas devociones, en «Acta Apostolicae Sedis», 1937, págs. 304/5).

2. La Teología cumple de dos maneras la doble misión que le ha sido confiada:

a) Es afirmación y manifestación de la fe dentro de la comunidad eclesial. Por eso es de suma importancia para la Iglesia entera. Anuncia la fe dirigiéndose a la comunidad cristiana de una manera distinta a las promulgaciones, solemnes o generales y ordinarias, del Magisterio. Presenta la Teología una enunciación de la Verdad revelada, científicamente enriquecida y esclarecida.

Es una manifestación vital de la Iglesia, operada por el Espíritu Santo. Por ello no se limita a ofrecer meras informaciones o a tener sólo un carácter doctrinal. El Espíritu Santo, alma y corazón de la Iglesia, desempeña en la Teología el papel que Cristo le atribuye en su oración de despedida: testigo, consolador, juez y acusador (*Jo.* 16, 7, 23; 15, 26). Esta misión del Espíritu Santo aparece clarísima en la Teología carismática, como dijimos, pero no es ajena a la Teología científica. En la Teología auténtica se testimonia que el Espíritu Santo vino ya, que comenzó el Reino de Dios, que aún falta su consumación, pero que llegará irremisiblemente. Toma la Teología parte en la actividad del Espíritu Santo, con cuya ayuda conoce el hombre la verdad, es decir, la realidad revelada, y se siente protegido contra las asechanzas del error (*Jo.* 16, 13). Por el mero hecho de existir, contribuye la Teología a la realización y fomento del Reinado de Dios, y, mediante esto, a la Salvación del género humano. Es ciencia de la Salud.

b) Nos enseña la Revelación el misterio de la vida divina y trinitaria y que precisamente nosotros hemos sido destinados a to-

mar parte en esa vida; fomenta de la manera más efectiva la comunión mental de nuestra comunidad con el Padre, restablecida por Cristo en nosotros, en el Espíritu Santo. La Teología tiende a despertar en los hombres actitudes de obediencia, vivas esperanzas de consumación plena en Dios, encender el corazón en el amor al «Tú» divino, que se vuelve hacia nosotros en la Revelación.

3. La Sagrada Tradición define la Teología—participación en el conocimiento que Dios tiene de sí mismo—no sólo como ciencia, sino también como *sabiduría*. Todo lo ve, pues, y lo valora a la luz de Dios, desde un punto de vista último y supremo. Es como la norma absoluta para juzgar las cosas y los acontecimientos. Está, la Teología, en disposición para comprender el mundo en su conjunto con mirada divina y entender todos sus detalles. Por su carácter de sabiduría de Dios, se diferencia de cualquier otra ciencia o sabiduría puramente mundana y cimentada en el conocimiento de las cosas del mundo, siendo superior a las más altas evidencias que ellas pudieran obtener. San Pablo, en los dos primeros capítulos de su Epístola a los de Corinto, compara la sabiduría de los griegos con la sabiduría de Dios oculta en los misterios y revelada por el Espíritu Santo: la sabiduría, dice el Apóstol, añade a la fe sencilla la comprensión de la fe. Es el Espíritu Santo el que la opera conforme a El. A diferencia con lo que acaece a la vana sabiduría verbal, la sabiduría de Dios se ofrece como fuerza y potencia espiritual (v. G. Söhngen, *Der Wesensaufbau des Mysteriums*, 1938, págs. 90-98).

4. La Teología, tanto la positiva como la especulativa, por los servicios que presta a la obra de la Salud, es en cierto sentido *necesaria*. La positiva nos ayuda a conocer la Revelación y a distinguir la que es auténtica de la que brota de invenciones humanas, enseñanzas subjetivas, mitos o fábulas. La especulativa contribuye a saciar el hambre de claridad, profundidad y totalidad de nuestro espíritu y pone al creyente en condiciones de seguir el justo rumbo en la inmensidad de opiniones y doctrinas humanas. La Teología, respecto a esto, desempeña dos funciones: introducir al hombre en la verdad y adiestrarle en la lucha contra el error. El teólogo que quisiera combatir el error o que considerara como su principal tarea el polemizar, alteraría el orden recto y debido. Contribuiría bien poco a la edificación del cuerpo de Cristo, del Pueblo de Dios, de la Iglesia. La Teología manifiesta su fértil vi-

talidad y su necesidad cuando al interpretar la Revelación, reflexionando sobre ella, resuelve desde la perspectiva de la fe los problemas que se le pueden presentar por parte de dudas que brotan del espíritu humano o que sean planteadas por las circunstancias culturales de un tiempo determinado.

5. No hay que confundir la necesidad de la Teología con la necesidad de la fe. La fe es para todos el único camino de la salvación; con ella se establece la comunidad de vida entre el hombre y Dios: es el comienzo de la salvación. Paralelamente a como acontece en la vida, la primacía se otorga a la vida misma más que a las reflexiones referentes a ella; así también, corresponde a la fe la primacía sobre la Teología. No todos los creyentes necesitan ser teólogos para llegar a la salvación. Distíngase, pues, entre ambas necesidades, como decíamos al principio de este número.

Hay que distinguir, asimismo, entre las afirmaciones de la fe sencilla y las teológicas. La Teología trata de explicar científicamente la fe ayudándose de los medios humanos de conocer, y por tanto no posee la misma seguridad que corresponde a las afirmaciones de la fe. Se encuentra sometida—la Teología—a las debilidades inherentes a todo lo humano; tanto más, cuanto más se aparte en sus especulaciones de las verdades de la Revelación, escuetas y directamente propuestas. Por eso pueden existir entre los teólogos diversas y aun contradictorias sentencias con relación a problemas sobre Dios o el mundo que no hayan sido esclarecidos por la Revelación de una manera directa. Tales divergencias no se fundan en la diversidad de la fe, sino en la de los sistemas filosóficos fundamentales aplicados a la explicación de la fe, o en la misma diversidad de sentimientos naturales en los que la fe no introduce cambio alguno. Las «Escuelas» teológicas son el signo más elocuente de tales convicciones y sentimientos, que sin pertenecer a la fe, juegan un papel tan importante en lo que se refiere a la interpretación científica de ella.

Al menos de una manera primordial, la fe viva y la Teología deben ir siempre unidas; en caso contrario no concibiríamos la existencia de una Teología verdadera sin el acompañamiento de una fe sincera. La tan lamentada «ignorancia religiosa» de los fieles, es un signo de ignorancia teológica; eso no impide esencialmente la práctica de una religiosidad auténtica, aunque por otra parte hay que afirmar que una intensa actividad teológica y los

conocimientos correspondientes, de suyo, no impiden la aparición de un estancamiento religioso (Rademacher, *o. c.*, pág. 107).

Una confusión de Teología y fe podría tener consecuencias fatales, ya que llevaría a concluir que la necesidad y seguridad de la segunda se vinculaban a opiniones teológicas inseguras; conduciría las doctrinas de la fe al campo de lo eventual y casuístico, propio de las sentencias teológicas.

6. De antemano podemos admitir que cada uno de los creyentes tiene un determinado grado de comprensión de la fe. El Espíritu Santo, sin cuyo auxilio nadie puede confesar la fe, iluminará la inteligencia de los fieles para que de algún modo puedan comprenderla, de modo semejante a como inició a los Apóstoles en el conocimiento de la Verdad (*Io. 16, 13*). En cierto modo podemos afirmar lo siguiente: no sabemos cómo el pan y el vino se transustancian en Carne y Sangre de Cristo. Es insuficiente cuanto la Dogmática nos enseña sobre este misterio. Sin embargo, el conocimiento que los fieles poseen de este cambio es más preciso que si estuviera definido. No es un vago sentimiento, sino un conocimiento real y patente ante los ojos del creyente. Ningún Concilio, ninguna doctrina teológica será capaz de explicar totalmente el misterio, y, no obstante, éste no puede ser comparado con una fórmula química, que el ignorante en la materia nunca llegará a comprender. Cualquier fiel, aun el de menos alcance, puede entender su sentido; más todavía, de ese conocimiento mana pujante su misma vida religiosa. La Filosofía y la Psicología no lo pueden abarcar: ese género de conocer escapa a sus ámbitos, ya que se trata de un conocimiento existencial y gnóstico radicalmente distinto del orden cognoscitivo, formalmente lógico y experimental. Aquí hablamos de «gnosis» porque no se trata de un entender racional, ni de meros sentimientos, ni siquiera podríamos compararlo con la virtud intuitiva del genio; son los de la «gnosis» conocimientos sencillos que para el creyente tienen la claridad de lo obvio, mientras que para el incrédulo son algo desconcertante» (G. Köpgen, *Gnosis des Christentums*, 1939, pág. 58; en el Índice de libros prohibidos).

7. Podemos oponer frente a los que afirman que en la Teología hay un positivo peligro para la fe, ya que puede fomentar el espíritu de soberbia y de racionalismo, que en ella—la verdadera Teología—se inspira la entrega en la veneración, en el amor a Cris-

to y al Padre; *esa* Teología contribuye a profundizar la fe, acrecentar el amor de Dios y despertar el interés por las cosas divinas. Con razón dice San Agustín, de la Teología, que «engendra, nutre, protege y fortalece la fe saludable que conduce a la dicha verdadera» (*De Trinitate*, 14, 1, cap. 1, trad. Schmaus).

No podemos negar que la Teología se encuentra expuesta a muchas clases de *peligros*. Vamos sólo a enumerar los tres principales:

a) Peligro de *orgullo*. El teólogo está acostumbrado a juzgar siempre de las cosas desde un ángulo superior; por ello, puede sentirse tentado a adoptar de sí mismo un criterio de supervaloración con respecto al de los demás hombres y cosas, a emitir juicios categóricos y sin miramientos, en lugar de un trabajo humilde al servicio de la Palabra divina y de la salvación de los hombres. El teólogo tiene otro peligro: querer que se le escuche siempre, creer que siempre lleva razón. Expone verdades necesarias y obligatorias y tiene derecho a que se le escuche, pudiendo esto conducirle al peligro de situarse casi en el plano de oráculo, a que aludíamos líneas más arriba. Puede ocurrirle también que en un momento dado le interese más el «tener razón» que lo que es el objetivo principal de su tarea: el Reino de Dios y la salvación de los hombres. Entonces, la Palabra de Dios será para él como un trampolín desde donde pueda lucir acrobacias intelectuales que patenten su agudeza de ingenio, su rigor lógico, su arte de polemista. Más orgulloso de «su» teología y de «su» trabajo puramente humano que de sentirse instrumento apto para llenar «las esperanzas que en la Revelación tienen depositadas los hijos de Dios» (*Rom.* 8, 19).

b) Peligro de *estancamiento*. Aparece en el momento en que el teólogo, si no fundamental, al menos prácticamente olvida en el ejercicio de su Ciencia que la Revelación nos fué dada con vistas a la instauración del Reino de Dios y de la salvación del linaje humano, y empieza a practicar la Ciencia por el placer de la ciencia misma. Tal Teología sería un algo inane e inerte, un índice muerto de frases teológicas, y su teólogo un náufrago en un mar de sutilezas especulativas, olvidado de la fuerza redentora y vitalizante que alberga la Sagrada Escritura o las obras de los Santos Padres. Es más, siguiendo estas rutas el teólogo, lo mismo que sucedió en la Baja Escolástica, emplearía la Biblia como mera ilustración de sus afirmaciones, como meros ejemplos.

c) Peligro de *extremada simplificación de la vida y menos-*

*precio de los órdenes naturales.* Se da este tercer peligro cuando el teólogo, deslumbrado por el estudio del más allá y de lo sobrenatural, se olvida del plerorismo y riqueza que encierra la vida terrena, de la autonomía y del valor que el mismo Dios ha otorgado a la cultura, a los órdenes político, económico o social y a la ciencia profana. Es un despreciar los conocimientos naturales, las necesidades humanas y cuidados del hombre, manifestándose, sobre todo, en la tendencia a establecer prematuras armonías entre la Revelación y los problemas epistemológicos modernos, en falsas clericalizaciones de la cultura o en formas exageradas de supernaturalismo.

Aunque la Teología se vea amenazada por estos peligros, puede llegar a superarlos si no pierde de vista que es una actividad científica puesta al servicio de la Palabra de Dios, cuya finalidad es el fomento del Reino del Señor y la salvación del hombre. Comportándose de esta manera, la Teología, todo le servirá de apoyo; se hará más seguro, claro y pleno el mensaje divino, protegiéndola contra toda arbitrariedad o extravagancia. La Teología es de por sí una actividad vital, y como cualquier otra forma de conocimiento científico, es una forma del vivir humano: es la forma de la vida creyente. Una vida que brota de la fe y desemboca en la fe viva. Oigamos a San Gregorio explicando la interdependencia en que están la Teología y la actitud creyente: «No es verdadera ciencia si carece de valor para la vida piadosa..., y muy inútil es la piedad si carece de la discreción de la ciencia» (*Magna Moralia in Job*, cap. 35, n. 45; Migne, *Patres Latini*, 75, 547). Pío XI caracteriza así el apoyo mutuo que se prestan la Teología y la piedad: «La Ciencia, especialmente la sagrada, ilumina la piedad. Esta Ciencia es santa por su objeto, su finalidad y los medios de que dispone. Por otra parte, la Ciencia es iluminada, fructificada e inspirada por la piedad practicada bien. La piedad, a fin de cuentas, no es sino el conocimiento y la veneración que debemos sentir hacia Dios nuestro Padre» (*Enchiridion Clericorum*, 1938, pág. 781).

8. Por ser la Teología una expresión vital de la Iglesia, mediante la operación del Espíritu Santo, tiene que tomar parte en la pleitesía y homenaje que el mismo Espíritu rinde a Cristo en el tiempo que media entre sus dos venidas. Mediante Cristo, esta alabanza comprende también al Padre. La Teología solamente puede subsistir apoyándose en la fe, y ésta es comunidad de vida con Dios; por ello, la Teología ha de ser considerada como una par-

participación en los actos de homenaje que Cristo rindió y sigue rindiendo a su Padre (*Io.* 17, 1, 4). De esta forma la Teología se convierte en una oración por la que el teólogo (creyente que habla de Dios y trata de comprender la palabra divina), en comunión con el Logos encarnado, alaba a Dios (*Eph.* 1, 2) entregándose a El mediante actos de obediencia creyente y consagrando su vida toda a esclarecer la Revelación. No ejerce el teólogo esta función de una manera consciente y formal, sino por el mero hecho de dedicarse a la investigación teológica, que de por sí es ya una glorificación de Dios.

9. Practicará la Teología esta labor glorificadora hasta el día en que Cristo se revele en toda su majestad y poderío. Por eso está en íntima relación con la segunda venida del Señor; por eso es una continua alusión tanto a la Epifanía como a la Parusía. De ello resulta su carácter escatológico, lo mismo que la Revelación y sus instrumentos históricos. Terminará la Teología su misión, al mismo tiempo en que la termine la Iglesia: en la consumación de los tiempos. Entonces, habiéndose Cristo revelado en todo su Poder, serán innecesarios todos los símbolos y alusiones. Entonces los esfuerzos del creyente se verán recompensados por la visión inmediata. Entonces, todo será un perfecto y perpetuo cántico de acción de gracias.